

CAPITULO VIII.

Sobre la flagelacion de Jesucristo.

1. Entremos ya en el pretorio de Pilato, que ha llegado á convertirse este dia en horrible teatro de las ignominias y de los dolores de Jesús: veamos cuán injusto, ignominioso y cruel fue el suplicio que en él se ejecutó con el Salvador del mundo. Viendo Pilato que los judíos continuaban en sus conmociones y alborotos tumultuosos contra Jesús, este juez inicuo le condena á ser azotado ¹. El juez de iniquidad creyó que por este bárbaro medio le conciliaria la compasion de sus enemigos, y así le libraria de la muerte. Yo le haré, pues, castigar, dice, y le libtaré ². La flagelacion era un castigo reservado solo para los esclavos. Así pues, dice san Bernardo, nuestro amable Redentor no solo quiso tomar la forma de un esclavo para sujetarse á la voluntad de otro, sino tambien la de un mal esclavo para ser castigado con azotes, y

¹ Tunc ergo apprehendit Pilatus Jesum, et flagellavit. (Joan. XIX, 1).

² Corripiam ergo illum, et dimittam. (Luc. XXIII, 22).

pagar de este modo la pena merecida por el hombre hecho esclavo del pecado ¹.

¡Oh verdadero Hijo de Dios, oh grande amigo de mi alma! ¿cómo Vos, Dios de una majestad infinita, habeis podido amar á un ser tan vil y tan ingrato como yo, hasta el punto de sujetaros á tantos padecimientos para librarne de las penas que me eran debidas? ¡Un Dios azotado! Mucho mas hay que admirarse de ver á un Dios sufrir la mas pequeña pena, que de ver aniquilar á todos los Ángeles y hombres. ¡Ah Jesús mio! perdonadme ahora las ofensas de que me he hecho culpable para con Vos, y castigadme despues como os agradare. Solo una cosa os pido, y es que yo os ame y que Vos me ameis, y con esto sufriré contento todas las penas que quiéiereis.

2. Llegado nuestro amable Salvador al pretorio, segun revelacion de santa Brígida, se desnuda él mismo de sus vestidos por mandado de los verdugos, abraza la columna, y despues extiende sus manos para ser atado en

¹ Non solum formam servi accipiens, ut subesset, sed etiam mali servi, ut vapularet, et servi peccati poenam solveret.

ella. ¡Oh Dios! ya comienza el cruel suplicio. ¡Oh Ángeles del cielo! venid á presenciar este doloroso espectáculo; y si no os es permitido librar á vuestro Rey del bárbaro ultraje que le preparan los hombres, venid por lo menos á llorar de compasion. Y tú, alma mia, imagínate que te hallas presente á este horrible suplicio de tu amantísimo Redentor. Mira como tu afligido Jesús sufre con la cabeza inclinada, los ojos fijos en la tierra, todo cubierto de vergüenza, aquel indigno tratamiento. Hé aquí que aquellos bárbaros, como otros tantos perros rabiosos, se arrojan armados de látigos sobre la inocente víctima. ¿Ves? el uno hiere el pecho; el otro las espaldas; este los costados; aquel las piernas. Pero ¿qué digo? ni aun su sagrada cabeza, ni su hermoso rostro son perdonados. ¡Ay de mí! Ya su sangre divina corre por todas partes: ya están llenas de sangre las disciplinas, las manos de los verdugos, la columna y hasta la misma tierra ¹.

¡Ah crueles! ¿á quién os parece que ha-

¹ Laeditur, totoque flagris corpore laniatur; nunc scapulas, nunc crura caedunt; vulnera vulneribus, ac plagas plagis recentibus addunt. (S. Petr. Dam.).

beis apresado? ¡Deteneos, deteneos! sabed que estais engañados: este hombre á quien atormentais es un inocente, es un santo; á mí, que soy el culpable; á mí, que soy el que ha pecado, es á quien son debidos los azotes y los suplicios. Pero ¡ay! vosotros no me escuchais. Padre eterno, ¿cómo podeis permitir esta grande injusticia? ¿cómo podeis ver á vuestro muy amado Hijo sufrir así, y no socorrerle? Pues, ¿qué crimen ha cometido que por él merezca un castigo tan vergonzoso y tan cruel?

3. Es por los pecados de mi pueblo que yo le he castigado ¹. Yo sé bien, dice el Padre eterno, que este mi Hijo es inocente; mas puesto que se ha encargado de satisfacer á mi justicia por todos los pecados de los hombres, conviene que Yo le abandone al furor de sus enemigos. Así, ¡oh mi adorable Salvador! para expiar nuestros pecados, y especialmente los pecados de impureza, que son los mas comunes entre los hombres, Vos habeis querido que se rasgara vuestra carne virginal; quién, pues, no exclamará con san

¹ Propter scelus populi mei percussi eum. (Isai. LIII, 8).

Bernardo: ¡Oh caridad inefable del Hijo de Dios para con los pecadores ¹!

¡Oh Jesús azotado! yo os doy gracias por tanto amor, yo estoy penetrado de dolor, porque yo mismo con mis pecados he ayudado á azotaros. ¡Ah, cuántos años há que yo debería arder en el infierno! Pero ¿por qué me habeis esperado hasta aquí con tanta paciencia? Vos me habeis soportado tanto, á fin de que algun dia, vencido por todos estos excesos de amor, llegara yo á amaros dejando el pecado. Mi amantísimo Redentor, yo no quiero resistir mas á vuestro amor; yo quiero amaros en adelante todo cuanto pudiere; pero Vos conoceis mi debilidad, conoceis la perfidia de que me he hecho culpable para con Vos. Arrancad de mí todas las afecciones terrenas que me impiden el ser todo de Vos. Recordadme frecuentemente el amor que me habeis tenido, y la obligacion en que estoy de amaros. Yo pongo toda mi esperanza en Vos, mi Dios, mi amor, mi todo.

4. La sangre divina corre, exclamando san Buenaventura, los cardenales se añaden á los cardenales, las heridas á las he-

¹ O ineffabilem Filii Dei erga peccatores caritatem!

ridas ¹. Ya fluía de todas partes esta sangre divina, ya este cuerpo sagrado no era sino una llaga, y con todo aquellos furiosos no cesaban de añadir heridas sobre heridas, como lo habia predicho el Profeta ². Por último, los azotes no desgarraban ya solamente todas las partes del cuerpo, sino que arrancaban tambien grandes pedazos de carne que hacian saltar á lo léjos; y en fin las carnes fueron de tal suerte rasgadas que los huesos podian contarse ³. Cornelio Alápide (*in capite xxviii Matth.*) dice que en este tormento Jesucristo debia naturalmente morir; pero por su divina virtud quiso reservarse la vida, á fin de sufrir mayores penas aun por nuestro amor. Y antes que él habia dicho lo mismo san Lorenzo Justiniano ⁴.

¡Ah dulce Maestro mio! bien mereciais un amor infinito! ¡Vos no habeis padecido tan-

¹ Fluit regius sanguis, superadditur livor super livorem, fractura super fracturam.

² Et super dolorem vulnerum meorum addiderunt. (*Psalm. Lxviii, 27*).

³ Concisa fuit caro ut ossa dinumerare possent. (*Cont. loc. cit.*).

⁴ Debuit plane mori, sed tamen se reservavit ad vitam, volens graviora perferre.

to sino para que yo os ame! No permitais que en vez de amaros llegue jamás á ofenderos y á desagradaros: ¡Ay de mí! ¿habrá por ventura un infierno particular para castigarne á mí suficientemente, si despues de haber conocido el amor que me habeis tenido todavía me condeno miserablemente, con desprecio de un Dios menospreciado, abofeteado y azotado por mí, y que además me ha perdonado con tanta bondad despues de haberle yo ofendido tantas veces? ¡Ah Jesús mio, no lo permitais jamás! porque, ¡oh Dios! este mismo amor y la paciencia de que habeis usado conmigo serian para mí en el infierno otro infierno todavía mas espantoso.

5. Este suplicio de los azotes fue uno de los mas crueles para nuestro Redentor, bien considerado que los verdugos que le azotaron fueron en gran número; porque segun la revelacion hecha á santa Magdalena de Pazzi, no fueron aquellos menos de sesenta. (*In vita, c. 6*). Pues bien: incitados todos ellos por instigacion de los demonios, y aun mas por la de los sacerdotes, que temiendo que despues de este tormento pondria Pilato en libertad al Salvador, como lo habia prometi-

do¹, se empeñaron en hacerle espirar bajo los azotes. Además, todos los doctores convienen con san Buenaventura, en que aquellos malvados buscaron para esta ejecucion los instrumentos mas bárbaros, por manera que cada golpe hacia una llaga, como lo afirma san Anselmo, y las heridas llegaron á muchos millares; porque no le azotaron, como escribe el P. Grasset, segun la costumbre de los hebreos, á quienes el Señor habia prohibido exceder del número de cuarenta golpes², sino segun el uso de los romanos, que no tenian número fijo.

El mismo historiador Josefo, que vivió poco tiempo despues de Nuestro Señor, refiere que Jesús fue tan cruelmente descarnado en la flagelacion, que se le descubrieron las costillas; y esto mismo fue revelado á santa Brígida por la santísima Virgen³. Á santa Teresa se le apareció Jesús azotado un dia en

¹ Corripiam ergo illum et dimittam. (*Luc. xxiii, 22*).

² Quadragenarium numerum non excedat, ne foede laceratus ante oculos tuos abeat frater tuus. (*Deut. xxv, 3*).

³ Ego quae astabam, vidi corpus ejus flagellatum usque ad costas, ita ut costae ejus viderentur, et quod amarius erat, cum retraherentur flagella, carnes ipsius flagellis sulcabantur. (*Lib. I Revel. c. 10*).

la columna ; y la Santa quiso que un pintor se lo dibujara tan exactamente como ella lo habia visto , y le dijo que sobre el costado izquierdo se representaba un gran pedazo de carne pendiente ; mas preguntándole el pintor en seguida en cuál forma debía pintarlo , se volvió hácia el cuadro y halló el pedazo de carne ya formado. (*Cron. disc. tom. 1, c. 14*). ¡ Oh mi amantísimo , mi adorable Jesús , cuánto habeis padecido por mi amor ! ¡ Ah , que tantos dolores , tanta sangre no sean perdidos para mí !

6. Mas por las Escrituras solas es fácil probar cuán inhumana fue la flagelacion de Jesucristo. Y con efecto , ¿ por qué Pilato despues de los azotes lo mostró al pueblo diciendo : *¡ Ecce homo , ved aquí el hombre !* sino porque nuestro Salvador estaba reducido á un estado tan lastimoso , que Pilato creyó que solo con verlo se moverian á compasion sus mismos enemigos , y no pedirian ya su muerte ? ¿ Por qué en el camino que Jesús anduvo despues hasta el Calvario , las hijas de Jerusalem le seguian llorando y lamentándose de él ? ¿ Acaso porque estas muje-

¹ Sequabatur autem illum multa turba populi et mu-

res se interesaban por él y le creian inocente ? No , las mujeres ordinariamente participan de los sentimientos de sus maridos , y por eso ellas tambien quizá le juzgarian culpable ; sino porque solo el ver á Jesús despues de la flagelacion movia á tanta compasion , que hasta se lamentaban los mismos que le aborrecian ; véase por qué las mujeres de Jerusalem dejaban correr las lágrimas de sus ojos , y arrojaban tan sentidos suspiros . ¿ Por qué tambien en el camino le quitaron los judíos la cruz de los hombros , y la hicieron llevar al Cireneo , segun la opinion mas probable y tan claramente apoyada en el texto de san Mateo ¹ y de san Lucas ² ? ¿ Acaso porque ellos se compadecian de él y querian aligerar su pena ? De ningun modo , porque estos hombres inícuos le aborrecian , y trataban de hacerle padecer todo cuanto pudieran . Pero , como dice el beato Dionisio Cartujano , te-

lierum , quae plangebant et lamentabantur eum. (*Luc. xxiii, 27*).

¹ Hunc angariaverunt ut tolleret crucem ejus. (*Matth. xxii, 32*).

² Et imposuerunt illi crucem portare post Jesum (*Luc. xxvii, 26*).

mian que se les muriera en el camino ¹. Veian que nuestro Salvador habia perdido casi toda su sangre en la flagelacion; y que estaba tan agotado de fuerzas que apenas podia sostenerse sobre sus piés, y andaba cayéndose en el camino bajo el peso de la cruz, por manera que á cada paso parecia estar, por decirlo así, en el momento de rendir la vida. Por eso, con el fin de conducirle vivo al monte Calvario y de verle morir en cruz, como ellos habian resuelto, para que su nombre quedase infamado por siempre: Arranquémosle, decian segun la prediccion del Profeta ², arranquémosle de la tierra de los vivientes, y que su nombre quede olvidado para siempre; por eso obligaron á Simon Cireneo á llevar su cruz.

¡Ah Señor! ¡cuán grande es mi gozo al ver lo que me habeis amado, y al saber que ahora mismo me conservais el propio amor que me tuvisteis al tiempo de vuestra pasion! Mas tambien ¡cuán grande es mi dolor al pen-

¹ Timebant ne moreretur in via. (*In cap. xxiii Luc.*).

² Eradamus eum de terra viventium, et nomen ejus non memoretur amplius. (*Jerem. xi, 19*).

sar que yo he ofendido tantas veces á un Dios tan bueno! Por los méritos de vuestra flagelacion ¡oh mi Jesús! os pido perdon. Me arrepiento del pecado mas que todo otro mal, y estoy resuelto á morir antes que ofenderos jamás. Perdonadme todas las injurias que os he hecho, y concededme la gracia de amaros siempre en adelante.

7. El profeta Isaias nos ha pintado mas claramente que otro ninguno el estado lamentable á que muy de antemano veia reducido nuestro Redentor. Él dijo que por los tormentos de su pasion su carne santísima no solo seria desgarrada, sino destrozada ó partida en pequeños pedazos ¹. Así que, el Padre eterno, continúa el mismo Profeta, para dar á su justicia una mas cumplida satisfaccion, y para hacer comprender á los hombres la suma deformidad del pecado, no quiso darse por satisfecho mientras no vió á su Hijo despedazado, y casi espirando con los azotes ². De suerte que el sagrado cuerpo de

¹ Ipse autem vulneratus est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra. (*Isai. LIII, 5*).

² Et Dominus voluit contere eum in infirmitate. (*Isai. LIII, 10*).

Jesús debia llegar á ser, como el de un leproso herido de la mano de Dios, una sola llaga desde los piés á la cabeza ¹. ¡Oh Jesús todo cubierto de llagas! ved aquí el estado á que os han reducido nuestras iniquidades! ¡Oh buen Jesús, exclama san Bernardo, nosotros hemos pecado, y Vos sois el castigado ²! Para siempre sea bendecida vuestra inmensa caridad, y Vos mismo seais amado como lo merecis de todos los pecadores, y en particular de mí que os he menospreciado mas que todos ellos.

8. Jesús azotado se apareció un dia á sor Victoria Angelini, y mostrándole su cuerpo todo rasgado, le dijo: Victoria, todas estas llagas solo demandan vuestro amor. Amemos, pues, al Esposo, dice amorosamente san Agustin, porque cuanto mas desfigurado nos parece, tanto mas digno se ha hecho del amor y ternura de la esposa ³. Sí, mi dulce Salvador, yo os veo todo afeado y cubierto de lla-

¹ Et nos putavimus eum quasi leprosum et percussum à Deo. (*Ibid.* 24).

² O bone Jesu! nos peccavimus, et tu luis. (*S. Bern.*).

³ Amemus sponsum, et quanto nobis deformis commendatur, tanto charior et tanto dulcior factus est sponsae.

gas. Yo contemplo vuestro hermoso rostro; mas ¡oh Dios! ya no me parece bello, sino horrible, cárdeno, y todo súcio de sangre y de salivas ¹. Pero tambien, cuanto mas afeado os miro ¡oh Señor mio! tanto mas hermoso y mas amable me parecis. ¿Y qué otra cosa son con efecto todas estas llagas que os desfiguran, sino otras tantas señales de la ternura de vuestro amor?

Yo os amo, Jesús mio, cubierto de llagas y desgarrado por mí. Yo tambien quisiera verme desgarrado por Vos, como tantos mártires que tuvieron esta dicha. Mas si al presente yo no puedo ofreceros ni llagas ni sangre, os ofrezco por lo menos todas las contradicciones que me sucedieren; yo os ofrezco todo mi corazon, y quiero amaros lo mas tiernamente que pudiere. ¿Y qué otra cosa debe amar en adelante mi alma con mas ternura, sino á un Dios azotado y desangrado por mí? Yo os amo ¡oh Dios de amor! yo os amo, bondad infinita! yo os amo y no quiero cesar de decir en esta vida y en la otra: Yo os amo, yo os amo. Amen.

¹ Non est ei species, neque decor; et vidimus eum, et non erat aspectus. (*Isai.* LIII, 2).

CAPÍTULO IX.

De la coronacion de espinas.

1. Mientras que rendidos ya los soldados continuaban azotando cruelmente al inocente Cordero, se refiere que uno de los asistentes se acercó á ellos, y tuvo valor suficiente para decirles : Vosotros no tenéis orden de hacer morir á este hombre, como parece lo intentais. Y al mismo tiempo cortó los cordeles con que el Salvador estaba atado ¹. Esta particularidad fue revelada á santa Brígida. Mas, apenas se acabó la flagelacion, incitados aquellos bárbaros verdugos por las instigaciones, y corrompídos con el oro de los judíos, como lo asegura san Crisóstomo, hacen sufrir al Salvador un tormento de nuevo género. Hé aquí, pues, que los soldados le desnudan otra vez de sus vestidos, y tratándole como á un rey de comedia, le arrojan sobre las espaldas un vestido de púrpura,

¹ Tunc unus concitato in se spiritu quaesivit : Numquid interficietis eum sic in judicatum ? Et statim secuit vincula ejus. (*Lib. I Revel. c. 11*).

que no era otra cosa que un pedazo rasgado de la capa llamada clámide, que usaban los soldados romanos, y le ponen en la mano una caña á modo de cetro, y un manojo de espinas sobre la cabeza en figura de corona ¹.

¡ Ah Jesús mio ! pues qué ¿ no sois Vos el verdadero Rey del cielo y de la tierra ? ¿ Y cómo habeis llegado á ser un rey de dolores y de oprobios ? ¡ Ved aquí, pues, á dónde os ha conducido el amor ! ¡ Oh Dios infinitamente amable ! ¿ cuándo llegará el dia en que yo me una con Vos de tal modo que nada pueda ya separarme de Vos ni pueda dejar de amaros ? ¡ Ay ! Señor, mientras yo vivo en la tierra, siempre estoy en peligro de volveros la espalda, y de rehusaros mi amor, como desgraciadamente lo he hecho hasta aquí. ¡ Ah Jesús mio ! si Vos veis que conservándome la vida he de caer en esta espantosa desgracia, hacedme morir en este momento en el que creo estar en vuestra gracia. Por vues-

¹ Tunc milites praesidis suscipientes Jesum in praetorium, congregaverunt universam cohortem : et exuentes eum, chlamydem coccineam circumdederunt ei ; et plectentes coronam de spinis, posuerunt super caput ejus, et arundinem in dextera ejus. (*Math. xxvii, 27, 28, 29*).

tra pasion os conjuro que no me dejeis expuesto á caer en un tan gran mal. Yo lo merezco seguramente por mis pecados ; mas Vos no lo mereceis : escoged para mí cualquier otro castigo, menos este. No, Jesús mio, yo no quiero verme separado ya mas de Vos.

2. Y haciendo una corona con las espinas, se la pusieron sobre su cabeza ¹. El devoto Lanspergio observa con mucha razon que este suplicio de las espinas fue excesivamente doloroso ; porque atravesaron por todas partes la sagrada cabeza del Señor, que es la parte mas sensible, como que de la cabeza descienden todos los nervios y todas las sensaciones ; y porque este tormento fue el mas largo de su pasion, puesto que Jesús llevó hasta la muerte estas crueles espinas clavadas en la cabeza. Cada vez que se tocaban estas ó su cabeza, se le renovaban todos los dolores. Segun el comun sentir de los autores, y particularmente de san Vicente Ferrer, la corona fue hecha de muchos ramos de espinas entrelazados y dispuestos en forma de capillo ó redecilla ; por manera que segun la

¹ Et plectentes coronam de spinis, posuerunt super caput ejus. (*Matth.* xxvii, 29).

revelacion hecha á santa Brígida, cubria toda la cabeza y descendia hasta la mitad de la frente ¹. Y segun dice san Lorenzo Justiniano con san Pedro Damiano, las puntas de las espinas eran tan largas que penetraron hasta el cerebro ². Y el mansísimo Cordero lleno de dulzura se dejaba atormentar á gusto de ellos sin articular una sola palabra, y sin dar un solo grito : sino que cerrando los ojos por el exceso del dolor, lanzaba frecuentemente agudos suspiros, como un hombre que se halla en la tortura á punto de espirar, como le fue revelado á la bienaventurada Águeda de la Cruz ³. La cantidad de sangre que corria de las heridas de su cabeza por sus cabellos, ojos y barba era tanta, que su semblante parecia todo de sangre, segun la revelacion de santa Brígida ⁴. Y san Buenaventura añade, que no era ya aquel hermoso rostro del Se-

¹ Corona spinea capiti ejus arctissime posita fuit, quae medium frontis descendebat. (*Lib. IV Revel. c. 70*).

² Spinae cerebrum perforantes. (*D. Laur. Just. de triumph. Chr. c. 14*).

³ Saepius oculos clausit, et acuta edidit suspiria quasi morituri.

⁴ Plurimis rivis sanguinis decurrentis per faciem ejus, et crines, et oculos, et barbam replentibus, nihil nisi sanguis totum videbatur. (*Lib. IV Revel. c. 70*).

ñor el que se veía, sino el de un hombre desollado¹.

¡Oh amor divino! exclama aquí Salviano, yo ignoro cómo pueda llamaros, si dulce, ó cruel; pues que Vos pareceis ser al mismo tiempo uno y otro². ¡Ah Jesús mio, sí, el amor os ha hecho para nosotros la misma dulzura, abrasándoos en un amor tan apasionado por nuestras almas; mas tambien os ha hecho cruel para Vos, haciéndoos padecer tormentos tan espantosos. Vos quisisteis ser coronado de espinas para alcanzarnos una corona de gloria en el cielo³. ¡Oh Salvador mio dulcísimo! yo espero ser vuestra corona en el paraíso despues de haberme salvado por los méritos de vuestros dolores: yo bendeciré allí eternamente vuestro amor y vuestras misericordias⁴.

3. ¡Ah espinas crueles, ingratas criaturas! ¿por qué atormentais así á vuestro Cria-

¹ Non amplius facies Domini Jesu, sed hominis exco-
riati videretur.

² O amor! quid te appellem nescio: dulcem an aspe-
rum! utrumque esse videris. (*Epist.* 1).

³ Coronatus est spinis, ut nos coronemur corona dan-
da electis in patria. (*B. Dion. Cart.*).

⁴ Misericordias Domini in aeternum cantabo. (*Psalm.*
LXXXVIII, 2).

dor? Mas ¿por qué, dice san Agustin, diri-
gir estas reconvenciones á las espinas? Ellas
no fueron sino unos instrumentos inocentes;
nuestros pecados, nuestros malos pensamien-
tos, hé aquí las espinas malditas que hirie-
ron la cabeza de Jesucristo¹. Un dia que se
apareció Jesús coronado de espinas á santa
Teresa, se puso esta á llorar compadecién-
dose de sus tormentos; mas el Señor le dijo:
Teresa, no te lamentes por causa de las he-
ridas que me hicieron las espinas de los ju-
díos, sino mas bien por las heridas que me
hicieron los pecados de los cristianos.

¡Oh alma mia! tú tambien atormentaste
entonces la venerable cabeza de tu Redentor
con tantos malos pensamientos en que has
consentido. Abre ya tus ojos, y mira y llora
amargamente el resto de tu vida el mal que
has hecho abandonando con tanta ingratitud
á tu Señor y tu Dios². ¡Ah Jesús mio! Vos
no merecíais ser tratado por mí como yo os
he tratado. Yo he hecho mal, yo me he en-
gañado, mi corazon siente ya el mayor pesar;

¹ Spinae quid nisi peccata?

² Scito, et vide quia malum et amarum est reliquisse
te Dominum Deum tuum. (*Jer.* II, 19).

perdonadme y dadme un dolor tan grande que me haga llorar toda la vida mis injusticias para con Vos. Jesús mio, Jesús mio, perdonadme, porque ya quiero amaros siempre.

4. Y doblando la rodilla delante de él, se le burlaban diciendo: Dios te salve, rey de los judíos; y escupiéndole, tomaron una caña y con ella le herian en la cabeza ¹. San Juan añade: Y ellos le daban bofetadas ². Despues que aquellos bárbaros hubieron colocado sobre la cabeza de Jesús esta cruel corona, no les bastó apretarla con todas las fuerzas de sus manos, sino que se valieron de una caña como de martillo para introducir mas y mas las espinas; y en seguida comenzaron á mofarse de él, como de un rey de teatro, saludándole primero con la rodilla doblada, rey de los judíos; y levantándose despues le escupian en la cara y le daban bofetadas, con gran gritería y carcajadas de menosprecio. ¡Oh Jesús mio! ¿á qué estado tan lastimoso os habeis reducido? Si en este mo-

¹ Et genuflexi ante eum illudebant ei, dicentes: Ave, Rex Judaeorum, et expuentes in eum, acceperunt arundinem, et percutiebant caput ejus. (*Matth.* xxvii, 29, 30).

² Et dabant ei alapas. (*Joan.* xix, 3).

mento hubiera casualmente pasado alguno por allí, y hubiese visto á Jesucristo tan agotado de sangre y de fuerzas, cubierto con aquel harapo encarnado, con aquel nuevo cetro en la mano, con aquella corona en la cabeza, y abofeteado y maltratado de este modo por aquel populacho; ¿por quién le hubiera tenido, sino por el hombre mas vil y mas malvado del mundo? ¡Ved aquí, pues, al Hijo de Dios hecho en este momento el oprobio de Jerusalem! ¡Oh hombres! exclama aquí el bienaventurado Dionisio Cartujano, si no queremos amar á Jesucristo solo porque es bueno y porque es Dios, amémosle al menos por tantas penas como ha sufrido por nosotros ¹. ¡Ah mi tierno Salvador! recibid á un siervo rebelde que os ha abandonado, pero que arrepentido ahora se vuelve á Vos. Cuando yo huía de Vos, y menospreciaba vuestro amor, Vos no dejábais por eso de venir tras de mí para atraerme á Vos; por lo mismo, pues, no puedo temer que me desecheis ahora que os busco, que os estimo y que os amo

¹ Si non amamus eum quia bonus, quia Deus, saltem amemus quoniam tanta pro nostra salute perpessus est. (*In cap. xvii Matth.*).

mas que á ninguna otra cosa ; dadme á conocer lo que debo hacer para agradaros , porque estoy dispuesto á todo. ¡Oh Dios, que sois el mismo amor! yo quiero amaros verdaderamente, y no quiero desagradaros ya mas. Ayudadme con el auxilio de vuestra gracia , no permitais que jamás os abandone. María, esperanza mia, rogad á Jesús por mí. Amen.

CAPÍTULO X.

Del Ecce Homo.

Viendo Pilato al Salvador reducido á un estado tan digno de compasion , pensó que solo su vista enterneceria á los judíos ; le condujo, pues, á una especie de galería ó balcon, levantó el pedazo de púrpura que le cubria, y mostrando al pueblo el llagado y despedazado cuerpo de Jesús, les dice : ¡ Ved aquí el Hombre ¹ ! como si hubiera querido decir: Ved aquí el hombre á quien acusábais ante mí de que pretendia hacerse rey ; por daros gusto lo he condenado , aunque inocente , á ser vilmente azotado ². Vedle aquí reducido ahora á tal estado que se asemeja á un hombre desollado , y que apenas puede ya vivir. Si no obstante pretendéis que le condene á muerte,

¹ Exiit iterum Pilatus foras, et dixit eis: Ecce adduco vobis eum foras, ut cognoscatis quia nullam invenio in eo causam. Exiit ergo Jesus portans coronam spineam et purpureum vestimentum, et dixit eis: Ecce Homo! (*Joan.* XIX, 4, 5).

² Ecce Homo non clarus imperio, sed plenus opprobrio. (*S. Aug. Tract. xvi in Joan.*).